

The Pianist They Sent For /
El pianista que mandan llamar de Luis
Domínguez. Connie McDuffee y Elizabeth
Doonan, tr. Maryland: La Yapa Editores,
1994

MIGUEL GOMES*

The University of Connecticut-Stors

La novela hispanoamericana, que tantas sorpresas dio entre 1960 y 1980 a quienes desconocían su trayectoria, había asimilado hacia los años cincuenta una serie de tendencias internacionales más o menos previsibles: el budismo de Joyce y ciertas vanguardias; la fragmentación de forma y cosmovisión al estilo de Dos Passos; el replanteamiento menos burdo de los motivos regionales en autores como Faulkner. Todo ese material importado se añadiría a un factor central y de muchísimo más peso: la reevaluación de la tradición novelesca propia (Gallegos, Rivera, Guiraldes, Azuela, entre otros) y la reacción contra ella.

En un sistema intertextual tan variado como el que hemos esbozado, sin embargo, podrá constatarse una ausencia notable: Proust. Revítese la crítica acerca del tema y se notará que este nombre -de ser recordado- no deja jamás de ocupar un lugar secundario en las listas de "fuentes", "influencias" o como se las denomine. Si resulta significativa la omisión o postergación es porque sería inconcebible a la hora de referirnos a otras literaturas contemporáneas de prestigio. Entiéndase bien: no sugiero que la *Recherche* haya sido desconocida o poco admirada en Hispanoamérica. Solamente me limito a señalar que tal admiración no ha dejado huella profunda en el canon continental. Para no ir muy lejos, un gran narrador que sin duda frecuentó a Proust y

fabuló en ámbitos cercanos a él, cargados de intimismo, llenos de sutilezas psicológicas pero a la vez de innegable originalidad, yace sepultado en un lamentable olvido: José Bianco.

¿Por qué escasean o no son debidamente reconocidos los relatos de "vida interior" en nuestra cultura? Una de las razones es la supervivencia de ciertas preferencias decimonónicas, como las manifestadas en 1838 por Juan Bautista Alberdi -gran hombre público, precario novelista-: "El arte debe afejar al individuo que se aísla, a la nación que se aísla; toda tendencia, toda predisposición al aislamiento, a la feudalidad, al excentricismo" (*Del arte moderno*). Pero el temor ante escrituras que intenten plasmar experiencias introspectivas se ha reforzado en nuestros días por un no aparente pero sí rotundo deseo de complacer gustos foráneos. Si por una parte los hispanoamericanos han estado tradicionalmente obsesionados con los espacios abiertos y con la representación de multitudes, por otra, podría afirmarse que eso, ni más ni menos, es lo que se espera de ellos en los mercados europeos y norteamericanos, los más apetecidos por las buenas editoriales y los autores ambiciosos.

Quizá sería exagerado aseverar que lo anterior sea aplicable en todos los casos. No obstante, no mentiríamos si afirmáramos que la narrativa regional, los mundos ficticios por ella creados, cuentan con pocos individuos o, tal vez, con pocos individuos convincentes. Estos apuntes tratan precisamente de llamar la atención acerca de la aparición reciente de uno de ellos: *El pianista que mandan llamar*.

Luis Domínguez-Vial (1933) ha publicado previamente cuatro libros: dos novelas - *Los peces de color* (1969), *Oh Capitán mi Capitán* (1988)- y dos colecciones de cuentos - *El extravagante* (1965), *Citroneta Blues* (1971). Sorprende que, aunque haya empezado a publicar justo en la época en que se internacionalizaron hasta el cliché las grandes epopeyas de masas latinoamericanas, el *boom*- término de jerga comercial, recuérdese- no haya alterado el proyecto creador de este escritor chileno. *El pianista...*, en efecto, no contradice ninguno de los

aciertos de relatos incluidos en *El extravagante*; por el contrario, los profundiza.

Lo narrado, antes como ahora, no son las meras acciones, sino cómo se convierten éstas en inscripciones hechas sobre la página en blanco de los afectos o presentimientos. Geográficamente, la vaguedad domina: en el bar donde trabajan los personajes principales, el pianista y la cantante, hay músicos folklóricos que tocan la guitarra, pero el jazz regresa una y otra vez. Nos encontramos simple y llanamente en un "pueblo", en un "hotel". Nada genérico o evanescente, en cambio, es el espacio creado por el hablante en primera persona que, como buen pianista, nos instala inicialmente en una revisión obsesiva de sus manos y nos conduce hasta el final por el camino que trazan sus caprichos, sus decepciones, los recuerdos que le brotan de la soledad, del aislamiento actuales. Todo esto debe sonarle familiar al lector. De hecho, los ecos de Proust que no se ocultan en el párrafo introductorio nos acompañarán hasta la última línea:

Las palmas de mis manos siguen siendo las mismas, aunque últimamente los dorsos se hayan ido cubriendo de pecas. La sensibilidad de las manos está en las palmas y las yemas de los dedos; esa experiencia única que es tocar a alguien como ella. Ahí también reside la memoria de tal experiencia o el acto para revivirla [...]. En esta pieza nada me distrae de ella. Aquí es donde descubrí el ardid: al sobar unas contra otras yemas y palmas, retorna a mi memoria la sensación de su piel aquella noche [...]. Uno debe buscar la treta en soledad, pensando en el órgano del cuerpo que accedió a la experiencia...

Esta reseña de los mecanismos del recuerdo no pretende ocultar su origen: hay obvias migas de magdalenas proustianas en casi cada oración. Con todo, no estamos ante una "imitación": el párrafo actúa más bien como señal de lectura; nos recuerda que el universo al que

vamos a entrar no es el predecible en un texto hispanoamericano, sino otro, usualmente relegado.

El relato de Domínguez-Vial entroniza la subjetividad del narrador protagonista. Las tácticas del realismo se debilitan cuando se nos insinúa que los sentidos que vinculan al pianista con su entorno no son confiables:

Debimos ensayar bastantes horas [...]. Abajo, en mi taburete, yo la acompañaba sumido en ese halo que emanaba de ella. Como un muchacho, me sentí caído bajo su encanto, tal si no hubiese más que ella y todo lo demás fuese irrelevante. Mi morbosidad o hiperestesia me hacía muy consciente de su presencia en la proximidad. (33)

Semejante trato preferencial de ciertos signos venidos del exterior surte un efecto tan radical como el de la fantasía más extrema. Podría decirse incluso que su impacto es mayor. La narrativa fantástica se esfuerza en hacer verosímiles sus ficciones, volverlas realidades autónomas. En *El pianista que mandan llamar*, por el contrario, no disponemos siquiera de esa comodidad ilusoria: el hablante nos anuncia la relatividad esencial de todas sus frases. Lo real no pesa en él más allá de su melancolía; ese sentimiento fluctuante e inseguro, tan eficazmente representado, se convierte en la medida de todas las cosas. El mundo del narrador existe dentro de su estado de ánimo.

Difícil, desde luego, ha sido la empresa de Domínguez-Vial. En relatos como éste cualquier leve exageración intimista podría degenerar en exhibicionismo sentimental. El texto que comentamos, no obstante, sabe guardar la compostura. La clave está en la distancia irónica del protagonista que, hacia el final, no deja de recordarnos la falsedad o la incertidumbre perenne de lo que lo rodea:

Nuestra historia es diferente: ella con sus baladas de amor perdido, yo con mis blues y variaciones de jazz lento; ambos

con nuestra sana tristeza. Por lo mismo soy adicto al viejo hotel y la espero en este cuarto que mira hacia el lado contrario o hacia el contratiempo, como yo digo. Aquí es donde más se demora en llegar el sol y más rápido se aleja.

Léase bien: "historia", no "vida". En otras palabras, literatura, no hechos. La individualidad del pianista convence, ni más ni menos, por no pretender sustituir a ninguna de las que existen fuera de la escritura. La misma insistencia maniaca en delatar el acto de invención verbal, "como yo digo", confirma la coherencia de su visión, tan efímera -o permanente- como su relato. Imposible separarlos.

Antes de cerrar esta nota hemos de reconocer la labor de las traductoras, Connie McDuffee y Elizabeth Doonan, cuya prosa recrea acertadamente en inglés la textura poética del original. Con este volumen, La Yapa Editores prosigue exitosamente su tarea de poner a circular en los Estados Unidos cuidadas ediciones bilingües de textos que enriquecen la imagen, aún incompleta, de las letras hispanoamericanas.